

ALBUM DE LA ALHAMBRA

De nuevo debemos a la generosa colaboración de la sensitiva pintora sueca Brita Nordencreutz, otra interesante traducción directa del sueco.

Ahora nos ofrece bajo el título «Anotaciones de un pintor», unos fragmentos del libro del pintor sueco Egron Lundgren, publicado en Estocolmo en 1882, por el editor P. A. Norstedt et Söner, con el título: *En Malares Anteckningar. Utdrag ur Dagböcker och Bref. Italien och Spanien. Tredje Upplagan.*

Ha seleccionado los pasajes de la estancia e impresiones del artista en la Alhambra y aquellas notas sobre Granada o sus alrededores, que de algún modo completan y ambientan la permanencia del pintor en la Alhambra durante dos temporadas sucesivas, en los años 1849 y 1850.

La traductora supera con naturalidad los matices expresivos de dos lenguas tan diferentes y logra comunicarnos la sensación de leer en su forma original los sentimientos e interpretaciones del pintor y esto no sólo por pleno conocimiento de los dos idiomas, sino también por la común ascendencia sueca, temperamento y formación de pintora y similar entusiasmo por la Alhambra, que si es vivida y cuidada hoy de modo diferente a como la gozó Egron Lundgren, a ella tanto le entusiasma, que diseñó para su casa una maqueta pictórica de la Alhambra, con la que aviva el recuerdo y la nostalgia.

Por eso la traducción que sigue no es sólo la obra de un excelente traductor, sino entrañable interpretación de un texto y un monumento por los que siente cordialísima admiración.

La señora Condesa Inga de Mörner nos comunicó la existencia de dibujos de Egron Lundgren en el Museo Nacional de Estocolmo y ella misma proporcionó a CUADERNOS DE LA ALHAMBRA la copia fotográfica de algunos, de los que se reproduce el

único que con seguridad responde a un interior de la Alhambra, cuyas someras líneas, tal vez fueron trazadas como soporte de impresiones de color que no llegaron a formularse.

También se reproduce una tertulia encuadrada posiblemente en un ángulo del patio de Lindaraja.

Es probable que el Museo Nacional de Estocolmo posea otros dibujos del viaje de Egron Lundgren a España, entre los que puedan hallarse algunos de la Alhambra, no identificados.

J. B. P.

Anotaciones de un pintor

Granada, mayo, 1849

A medianoche salimos de Málaga, acurrucados en la rústica diligencia de Granada, que rodaba tras diez mulas fuertes y buenas sobre piedras y grandes ramas, por cañadas cuesta arriba y cuesta abajo, entre setos de áloe o entre arroyos bajos y claros. El postillón gritaba, chasqueando el látigo y el zagal corría al lado del coche, agitando un hacha de brea humeante. Detrás del cochero estaba sentado un viejo español con dos señoritas jóvenes y dentro del coche íbamos un señor gordo con su joven esposa, Cubi (un frenólogo) y yo. Todos estábamos tan soñolientos o dormidos, que apenas nos molestaban las paradas del carruaje ante alguna venta para cambiár las mulas en la oscuridad de la noche. El camino de Málaga a Granada tiene mala fama por los atracos, pero decían que por el momento no había nada que temer porque el día antes había sido despojado un carro. Por eso se reñecía con despreocupación hasta que amaneció y el sol salió sobre un paisaje espléndido de montañas, despertándose en una mañana de brillantes tonos rosa. A mi lado en el carruaje no había otras cosas que mirar sino bocas abiertas como de máscaras antiguas y mejillas pálidas como piedras rúnicas. Sólo la joven señora no parecía un monumento antiguo sino más bien una Helena con gorro de dormir, huyendo con su París gordito.

A las once llegamos a Loja y almorzamos. De allí a poco se baja a la Vega de Granada, que parece una alfombra persa con sus prados de flores, jardines, parras y rosas, extendida a los pies de Sierra Nevada, cuyas cumbres de nieve brillan muy lejos y muy altas en el aire. Pasamos por el pequeño pueblo de Santa Fe y luego, a través

de un camino entre higueras, captus, olivos y palmeras, hasta Granada, a donde llegamos por la tarde, un poco antes de las seis

Los carruajes se pararon en la Fonda de la Minerva y encontramos allí, en seguida, en la puerta, a nuestro guía Arabal, el que nos había recomendado el doctor Franck. No quería perdernos de vista, como un halcón a su presa. Cuando trajeron las maletas a nuestras habitaciones, semejantes a las celdas de un correccional, me fui con Cubi para limpiarme el polvo con un baño caliente y refrescarme por completo después de un viaje tan penoso.

Al día siguiente madrugamos y a las cuatro de la mañana, antes de que saliera el sol, caminamos a la Alhambra. Estábamos ansiosos de verla; el sol la ha mirado durante siglos; para nosotros era la primera vez. Pronto nos encontramos al otro lado del río Darro, entre calles enredadas que conducen a la vieja puerta de la ciudad, rehecha por Carlos V, a la entrada del parque que rodea a la Alhambra. Se sube entre árboles frondosos, altos; entre arroyos que chapotean y pronto se llega a la Puerta de la Justicia, la primera entrada a la Alhambra cuando se sube de Granada.

Sobre esta puerta se ve la mano extendida hacia arriba y la llave árabe talladas en la piedra, motivo de tantos fantásticos cuentos de magia. Por esta puerta, pasando ante soldados perezosos que bostezaban, llegamos pronto a las plazas abiertas, irregulares, de la vieja fortaleza nazarita. Primero Arabal nos condujo a la Torre de la Vela. Era muy de mañana y, aunque el sol ya había salido, la señora que vigilaba la torre no había abierto los párpados y menos aún la puerta, que Arabal golpeó largo rato con una gran piedra, todo el tiempo que la vieja tardó en vestirse para recibirnos. Tomamos la escalera hacia arriba, hasta alcanzar el plano de la terraza más alta, donde nos sorprendió la belleza de la vista. Se puede ver todo el paraje en torno y toda la extensión de la Vega —una circunferencia de 100 kilómetros— como engastada en altas sierras cubiertas de nieve, entre Sierra Nevada, Sierra Elvira, Parapanda, o como se llamen. Era cosa encantadora esta gran vista a las primeras luces de la mañana, mientras las sombras, todavía largas, se están estirando soñolientas y la rosada luz del día acaba de despertarse. Hasta Cubi, que llevaba gafas azules con remiendos verdes, estaba tan encantado de la hermosura de los colores que quiso que le prestase mi lápiz, pero no con intención de pintar con él lo que veía, sino para precipitarse a las paredes y escribir «wunderschön, wunderschön», tal vez porque la palabra alemana le pareció tan árabe como «el suspiro del moro».

En esta torre flotó por primera vez la bandera española, el dos de enero de 1492, después de la toma de Granada. En la fiesta que aún se celebra ese mismo día, para conmemorar aquella victoria, grandes grupos de gente de la comarca se aglomeran penosamente en la escalera de la torre, porque creen las chicas que dando ese día un fuer-

te golpe a la antigua campana, se casaban con toda seguridad durante el año siguiente. La vieja campanera se quejaba de quedarse sorda del terrible y continuo fragor.

Ya abajo paseamos hacia una ventana verde, insignificante, que conduce a la Casa Real, es decir, el propio palacio moro. Todo me pareció mucho más pequeño de lo que había imaginado. El primer patio tiene una alberca larga y clara, rodeada de setos de arrayanes bajos, que le han dado el nombre de «Patio de los Arrayanes». Desde él se puede ver la «Sala de los Embajadores» y el llamado «Patio de los Leones», con sus peristilos y su fuente de mármol. Todas las columnas son de mármol blanco, aproximadamente de nueve pies de altura, muy delgadas para soportar la fina pared de yeso calado que apenas pueden sostener, por lo que ha sido preciso colocar en muchos sitios unos feos troncos, a modo de puntales, de suerte que todo parece un encaje brabanzón, zurcido de bramante. Bajo la blanca fuente están posados doce viejos leones moros, riendo todavía burlonamente, como lo hacían a Boabdil y a Lindaraja.

Alrededor de esta fuente hay una inscripción árabe que dice: «El agua corriente alivia la sed de los leones, aunque nuestro califa es terrible en el campo de batalla. Este dulce patio de flores se halla bajo la protección de Dios y ninguna fiera se atreve a venirse aquí...». En todas partes se ven rastros de color, tanto en los capiteles cúbicos, como en el bordado de estuco de las paredes. Los techos de algunas salas son aglomeraciones de hexágonos con facetas doradas, a modo de cúpulas diminutas, como colgadas en espesos haces, soportándose y bregando hacia arriba hasta la mayor altura del centro y en el resplandor de oro florecen, como claveles y nome-lóvides, el bermejo y el azul ultramarino. En muchas salas los cielos rasos, planos, son de madera (madera de pino africano llamada aar), incrustados de trozos de diferentes maderas, como trabajo de marquetería. Las antiguas y altas puertas moras tienen también incrustaciones de madera en forma de estrellas. Algunas entabladuras están compuestas por trozos de loza multicolor, una especie de mosaico llamado de «azulejos». Los suelos originarios de las salas son losas de mármol grandes, finamente pulidos. Encima de las puertas y de las ventanas y alrededor de todo, hay inscripciones incrustadas de estilo cúfico, adornadas con mucho color, con rúbricas largas, ganchos, puntos y dorados.

Durante toda la mañana dimos varias vueltas por los patios, salas y chiribitiles de la Alhambra y luego fuimos, por la Torre de los Picos al Generalife. Pronto vimos allí a un chiquito vivo y guapo, que en seguida se fue a buscar una gran llave y nos guió por este pequeño paraíso.

El Generalife pertenece al Marqués de Campotéjar, de la familia genovesá Grimaldi. En las estancias hay retratos antiguos del «Rey Chico» (Boabdil) y de Fer-

nando e Isabel. También hay colgado un cuadro que representa las galeazas con las cuales Colón descubrió el Mundo Nuevo. Los cipreses altos, colosales, del jardín seguramente son restos de la época musulmana. El de Zoraya, o de la sultana, está todavía ligado por la tradición popular, a las aventuras galantes y las intrigas de la corte, que causaron la matanza de los Abencerrajes poco antes de la caída de la Alhambra.

No sé por qué magia oculta Cubi pudo tener barrunto de que arriba, en el Generalife, vivía una chica extraordinariamente guapa, que no había sido vista casi nunca por nadie y aún menos por extranjeros. Sin embargo, no era una princesa mora, ni una monja reclusa en su celda, sino simplemente una granadina de 17 años, parienta de la familia del jardinero. Como teníamos un pretexto verdadero para abrirnos paso a la casa del jardinero y no era cosa de dejar el Generalife sin haber tenido por lo menos un vislumbre de la bella y tímida moza, lo cual hubiera parecido inexcusable descortesía, el profesor Cubi tuvo la afortunada inspiración para lograrlo, de analizar con toda su ciencia de frenólogo la cabeza desmelenada y negra del peón jardinero. No me acuerdo qué decía, ni lo siento, sino que, por fin y postre, a Cubi le pareció, y a mí también, que era un caso de conciencia el subir dificultosamente la escalera, para comunicar a la madre del chico los importantes descubrimientos que había hecho del cerebro de éste.

Encontramos una estancia bastante clara y grande, muy cuidada y limpia, con muebles españoles fuera de moda. Era un edificio viejo, moro y ornamentado con inscripciones cúficas, que por todas partes se veían en las paredes, a través de los encalados hechos repetidas veces durante los últimos tiempos. El sol brillaba en el suelo de ladrillo y la vieja estaba sentada con un niño rosado, durmiendo en el regazo. En las paredes estaban colgados grabados en cobre de historia sagrada y en los rincones y en armarios encristalados, se veía el Nacimiento con zagales y corderos, los Reyes con la estrella, más Santiago matamoros de barro cocido. Todo entre pequeños árboles verdicos, soldados de plomo y húsares. También a derecha e izquierda había juguetes, pero ninguna chiquilla guapa. Sin embargo, Cubi se sentó, estirando las piernas como si hubiera sido invitado y comenzó una conferencia de magnetismo-frenólogo. Pienso que a la dueña de la casa no le interesaba oír las verdades científicas, aunque no pudo menos de reírse, del arte de describir habitual del profesor y porque la charla, charla chusca y más charla, place al bello sexo, el cual desde hace tiempo tiene dificultades para dominar su lengua y no puede cerrar los oídos a las noticias. Por eso la conversación surgió y las palabras fluyeron una tras otra, como una danza en rueda, los cristianos y moros, los judíos y paganos, los bulbos y las máquinas de vapor, hasta que por fin la hermosa Isabella se asomó a la puerta, como si hubiera llegado hasta allí sobre rodillos. Una figura alta, majestuosa, una cara de color alegre juvenil, trenzas

morenas fuertes y ojos indescritiblemente bellos, con una mirada a la vez tímida, viva e inocente, pero, ¿valdría la pena hacer un inventario de las perfecciones de Isabel? Era hermosa la joven, y fue casi ridículo cómo su belleza inocente ahuyentó todas las doctas especulaciones de Cubi, haciéndole olvidar tanto a Gall como a Spurzheim y cráneos tan interesantes como los de Robespierre y Marat, con sus extraordinarios nudos y protuberancias. Bajando a Granada me confió, que en realidad la había encontrado aún más bella de lo que él nunca hubiese podido imaginar, en lo que no hubo discusión.

En Granada, Arabal nos acompañó los primeros días para ver las curiosidades de la capital: iglesias, monumentos del tiempo moro y vistas hermosas. Cubi hizo amistades entre los estudiantes de la Universidad, de suerte que nos reuníamos muchas veces con ellos por las tardes. Granada no me recuerda ningún sitio de los que he visto; es incomparablemente original y tiene muchos atractivos para un pintor. Todo el día reluce con magnífica riqueza de colores; la noche se pone romántica de manera hechicera, bajo el cielo azul oscuro, con sus grandes estrellas de oro y media luna mora, mientras la lámpara apacible luce en la ventana y en el balcón se vislumbran sombras de talles esbeltos en sutiles vestidos de noche. Sobre el pequeño arco del puente de piedra está sentado el sereno con su lanza y su farol, en lucha heroica con el sueño y sus aliados: el murmullo uniforme del Genil al salpicar y el susurro quieto de los altos árboles oscuros, fragantes, tal vez sólo interrumpido por el trino de algún ruiseñor. El aire está limpio y claro, lleno de fragancia, pero tan inflamable, que probablemente la antorcha de Cupido se enciende muy fácilmente aquí

.....

Pero la Alhambra estaba siempre en mí y pronto me decidí por dejar la «Minerva» y mudar mis maletas y mis pinceles al suelo árabe, lleno de leyendas, para buscar yo también perlas, en las salas encantadas de la bella Lindaraja. Arabal, al que confié mi intención, pronto escudriñó un piso allí arriba, que creyó me vendría bien y sin demora me fui a la Alhambra para conocer a mi dueña y ver lo que pudiese ella ofrecerme. Carmen, así se llamaba esta mujer corpulenta, no tenía inconveniente alguno de recibirme como huésped, al contrario, dijo que se sentía complacida de que me hubiera dirigido a ella y después de haber encontrado la llave en el clavo correspondiente salió con nosotros a mi futura casa situada a un tiro de piedra de su propia residencia. Era un pequeño edificio gris con dos cuartos vacíos en la planta baja y otros dos arriba. Una huertezuela alrededor, con higueras nudosas, granados, rosas y parras, macetas y bancos y unos estanques de piedra dispuestos para bañarme. Carmen se encargó de hacer mi almuerzo y comida y servirme lo mejor posible. Los cuartos, aseguraba, tendrían otro aspecto después de limpiarlos, lo que era muy deseable ya

que no había muebles ningunos. Acabada nuestra conferencia, Carmen prometió, con las manos y la boca, comenzar en seguida a barrer, a quitar el polvo, enjalbegar, fregar y limpiar, para que el sitio quedara de verdad, en unos días, como un pequeño paraíso, según decía. Cuando volvimos al pequeño tabuco de Carmen, nos invitó a vino, bajo el viejo moral negro. Tuve el honor de conocer a su marido, Domingo, que reía burlonamente, y a Juana, una chica de 11 años de edad, hija adoptiva de Carmen. Domingo no tardó en traer una jarra de vino, vidrada de azul, y como es debido, Arabal, conocedor del mundo, no podía menos que alzar las cejas, chasqueando la lengua, menear e inclinar la cabeza con muecas expresivas, lo que es un lenguaje de gestos habitual, entre conocedores de vino, un idioma cuyo sentido entero sólo se puede aprender con estudios de la gramática y del diccionario de Bacchus y un largo ejercicio práctico. Domingo estaba satisfecho. Carmen contenta, y las solicitudes de Arabal, como se veía, solamente compartidas entre el jarrón vidriado y el pitillo. Hasta «Picos», un doguillo patiestevado y de hocico negro, el ídolo de Carmen, se dignó estirarse y bostezar, y hasta como prueba de favor, menear la colita corva. Casi era un cuadro de Júpiter y Mercurius en casa de Philemon y Baucis. Mientras Domingo y Arabal cambiaban opiniones, en perfecta conformidad, sobre el último transporte de galeotes y presos a la Alhambra, la jarra quedó vacía y volvimos a Granada, acompañados por Carmen y Domingo, quienes por fin se despidieron, deseándonos muchas felicidades y dando seguridad de que mis cuartos estarían listos y limpios en unos días, cuando Domingo en persona viniera a coger mis cosas.

.....

La infanta, hermana de la reina, y el duque de Montpensier, habían llegado a Granada, y la ciudad quiso manifestar su alegría festejándola con una gran corrida. Se esperaba mucho concurso de gente, y por eso nos procuramos billetes el día anterior.

A la hora de comer nos encontramos con algunos de nuestros amigos españoles que querían ir a la corrida. Todos, como nosotros, vestían el traje andaluz, con sombrero de terciopelo y faja; algunos con trajes de bastante buen gusto, con preciosas chaquetas bordadas, con botones de plata y franjas de seda. Ya en Málaga me había procurado un traje español de este tipo...

Este espectáculo se acabó largo rato después del ocaso. El público se quedó sumamente contento y tanto las señoras como los caballeros parecían haber tenido una tarde tan deliciosa, que yo hubiera sido considerado como insensible, si hubiera confesado que esta corrida no me había dado ningún placer.

.....

Algunos estudiantes nos hicieron la atención de invitarnos a Cubi y a mí, en una pequeña venta del parque que hay en la Alhambra y ya a las siete, vinieron a recogerlos. Con el aire fresco de la mañana nos fuimos dando un rodeo por despeñaderos y caminos confinados hasta los jardines apacibles del Generalife, donde nuestra mesa estaba lista para el almuerzo, preparada en un pequeño patio-terraza, cubierto por la sombra de fuertes parras. Bajo los pámpanos se podían ver la Vega y la Sierra Nevada majestuosa. Alrededor había setos de mirto y flores reflejándose en una fuente de agua clara y fría. En la mesa vino bueno y en torno una partida alegre, risa y canto con chascarrillos festivos, fresas y leche. Si en tal ocasión las llaves de los tesoros de una imaginación juguetona y la riqueza de la despreocupación sería estúpido quererse cambiar por el príncipe de la Arabia feliz.

Al sentarnos el avisado de don Fernando llegó a ver una sotana negra, abajo entre los arbustos espinosos de áloe, en el sendero estrecho y comenzó a gritar a voces: «¡ Señor canónigo, señor canónigo!, ¡ don Pedro!, si no tiene inconveniente háganos el favor de subir, tenemos almuerzo y fresas, ¡ no diga que no!» y con la servilleta en el brazo saltó sobre el muro bajo, hasta los olivos, para invitar otra vez al cura desde más cerca. «¿Es efectivamente un canónigo?», preguntó Cubi un poco inquieto, poniendo la fuente de fresas un poquito más cerca de él. Alguien contestó: «No, es nada más que cura, pero es un tipo muy chistoso y por eso le llamamos canónigo, sabe muchas canciones y anécdotas».

La persuasión de don Fernando resultó con éxito y a poco se dejó ver la proa del sombrero eclesiástico de lancha asomándose en la cancela. «Ave María Purísima», dijo solemnemente el muy reverendo: «Aquí vengo yo, señores, cautivo de este caballero andante, don Fernando, al cual he tratado de convencer de que tengo que hacer mis servicios urgentes. Sin embargo, obstinación no sienta a quien está predicando humildad devota».

«Siéntese usted canónigo —dijo riendo don Carlos—, sin pretexto ni signos de la cruz. El sol ya está muy alto en el cielo y por eso es más sabroso tomar un vaso de vino con agua, con nosotros, que beber el polvo del camino. Servicios y más servicios, siempre la misma cantinela, ¿quién podría evitar al peón del jardín que de vez en cuando beba un trago? O no dice la Sagrada Escritura que no hay que vendar el morro del buey que está trillando? ¿No es así señor canónigo? ¿Ha habido nunca algo contra la constitución del clero, que...».

«¡ Deja la historia de la Iglesia hasta mañana! —gritó uno de los otros estudiantes—, aquí llega Mateo (era el camarero cojo), con otra fuente de fresas, póngalas delante de nuestro canónigo, que sabe bien lo que es bueno como lo que es malo. ¿Quién no comprende que la piedra de afilar necesita agua y la rueda grasa? Pregun-

ta a las gitanillas morenas que están bailando allí abajo en la cuesta, que no hace falta latin para entenderlo, ¿no tengo razón, padre?»).

«Las fresas son deliciosas —murmuró el cura, con la boca llena—, y también el aroma fino que despiden. Se puede vacilar sobre qué encanta más, pero a mí solamente una cosa me gusta más: tomar parte de una tertulia como ésta, tan erudita como agradable. Nuestro viejo amigo moro Ben Mustapha, que viene aquí de vez en cuando de Tetuán, con dátiles, incienso y esencias de rosa, cuenta cómo el shah de Persia una vez encontró en el baño una pieza de barro fragante: Tu perfume me encanta ¿eres almizcle o cedrino?, preguntó, y tuvo por respuesta que no era nada más que simple barro pero que había estado con las rosas, y tal vez por eso te plazco tanto».

«¡Bravo canónigo!»!, gritaron todos. Por cierto, había una rosa morena entre ellos...

«Quizás —dijo el cura complacido—, pero yo pienso que serían rojas. Tengo afeitada la cabeza —dijo, levantando el casquete—, pero al oírlo me siento rejuvenecido: ¡vivan las mocitas!», y comenzó a cantar a media voz:

«Del cielo luciente estrella
Granada bella...»

«¡Olé, olé! —gritaron todos—, anda, anda, esa es precisamente la manera de sostener el tono».

«¡Ay, no vale la pena!»! —dijo don Pedro—, ¡he olvidado todas las viejas canciones! ¡Ay de mí! La juventud está aleteando como una mariposa sobre el prado florido de la vida, pero los años, los años pasados vienen luego, pisoteándola. Y anda el tiempo hasta cuando uno está sentado con las piernas cruzadas. Estoy aquí como encantado en este sitio delicioso, aunque hace tiempo que debía estar en casa de Marín, preguntando por Herodes, ¿o es que no tenemos procesión el martes?».

«¡Bueno, el martes está lejos —dijo alguien—, pero es verdad que este año quieren llevar en la procesión a aquel viejo Pilatos, inútil y medio roto, que se lava las manos, ¡será espléndido!»

«Pues eso —dijo el cura—. A los nazarenos les ha venido la idea de que será algo magnífico para mostrarlo en la procesión a la duquesa-infanta y por eso Herodes y Pilatos están ya abajo en casa de Marín y ayer por la tarde se fue a quejar de que había mucho más que reparar, de lo que hubiera podido imaginar. A la cabeza de Pilatos le faltan tornillos; la barba de cerda queda abominable; el turbante anticuado, a más de que las botas rojas casi están comidas enteramente por las ratas. Marín pretende que la capucha también tiene desgarros grandes y ahora quiero bajar, en nombre del cielo, para ver cómo explica todo eso. No obstante, como no me han dado ningunos recursos en mano, preveo que no se podrá hacer mucho. ¿Dónde estará el

genio de embajador, si no en su caja de hierro? Pero cosas tan serias necesitan consideración y precaución, eso no cabe duda. El clero tiene que ocuparse de las cosas religiosas, y no podría perdonarme si me quedase aquí más tiempo». Comenzó a buscar a tientas su sombrero ancho, grande, que había puesto bajo la mesa, y pronto lo vimos desaparecer entre los árboles verdes, por la cuesta abajo que conduce al taller de Marín en el valle. La mañana no era ya mañana; la partida se fue y nosotros, bajo un sol cálido, nos marchamos a Granada.

Alhambra, junio 1849

La vieja Carmen, honrada como de costumbre, nos avisó cuando hubo terminado de limpiar y de fregar, y no tardé en mudarme a la Alhambra. Domingo, que tenía muchas de las virtudes de una bestia de carga, se encargó de mi maleta y de mis otros efectos, llevándolo todo con gran facilidad, sin preocuparse del mucho calor, que comenzó a ser muy agobiante en lo alto de la cuesta de los Gómez, de suerte que cuanto más nos acercábamos al suelo encantado de la Alhambra, tanto más su nariz parecía un rubí engastado en perlas claras.

Tan pronto como me mudé a la Alhambra travé conocimiento con dos amables jóvenes alemanes, los cuales ya vivían en un nido que se llamaba Fonda de San Francisco, que, según me dijeron, había sido antes un pequeño convento de capuchinos. Uno de ellos se llama Edward Gerhardt y es un pintor de arquitectura muy diestro. Había sido enviado por el rey de Prusia para dibujar las salas de la Alhambra y otras cosas moras que pudieran encontrarse por los alrededores de la comarca. El otro se llamaba Friedrich, que solamente estaba allí como turista, pero es capaz de pintar con tanta sensibilidad como talento. Tiene disposición a dedicarse enteramente al arte, pero es rico, y cuando se tiene papá y mamá, hermanas y hermanos políticos que lo agarran a uno con ganchos de oro, no es fácil soltarse. Son esos niños favoritos, que están sentados en el furgón del bagaje comiendo bocadillos, mientras los otros, más afortunados, están en el fuego, asaltando fortalezas.

Con estos dos amigos he comenzada a ver la Alhambra, por así decirlo, por un lado y por otro, con el sol y al claro de luna, soñando y despierto, dibujando y pintando, trepando y arrastrándome. Al comenzar el día, a la salida del sol, me precipito directamente desde mi cama, por la escalera abajo hasta el jardín, en donde salto a la alberca clara y fría. Luego generalmente vago por colinas y cuevas hasta «La Silla del Moro», más arriba del Generalife, o me estoy en el parque hasta las ocho, cuando ya la buena vieja, ha puesto puntualmente la mesa bajo el hermoso granado que parece alegrarse de verla esparciendo más de una vez el mantel blanco con sus flo-



JUNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERÍA DE CULTURA

Patronato de la Alhambra y Generalife

- a) Rincón del Patio de Lindaraja.
- b) Interior de la Torre de las Infantas.



JUNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERÍA DE CULTURA

Patronato de la Alhambra y Generalife

res rojas. Huevos, pescado, jamón, chocolate y fruta componen el menú, y aunque la preparación a veces me parezca temerosamente fantástica y casi hechicera, no noto ningún mareo. Por eso sigo tragando cualquier cosa que ponga Carmen delante de mí. Tengo que confiarme a ella, no siempre a mi gusto, porque nunca se puede abstener de ponderar dilatadamente lo sabroso que era todo y de lo delicado y «muy rico» que estaba.

Me encuentro aquí en la Alhambra casi como un eremita, en una paz encantadora. Mi morada es una vieja casita mora, con una huertezuela linda, donde hay agua corriente entre mirtos, rosas, higueras y una soledad sosegada, de modo que casi podría esperar la visita de un Abderrahman o de algún otro brujo, o de Zaida, Zoraya, o Zuleica, quienes en otros tiempos, seguramente muchas veces, habrán cantado al claro de luna en mi balcón.

En el sosiego de la Alhambra, he tenido una sensación viva de lo diferente que es España de Italia. Es como leer otro libro. Especialmente Granada, donde los moros han dejado huellas profundas, se siente uno trasladado a otro planeta. Pero, no obstante, aunque subiera hasta la media luna de los moros, nunca olvido a Roma, Firenze, Venecia y Nápoles. Sotos, arroyos y prados, cielo y flores son casi los mismos, pero las piedras de aquí hablan el árabe o el español y allí el latín y el italiano. Y aunque la Alhambra es lugar delicioso y está situada a gran altura, no tapa la vista a Pompeya y Capri, y en la ancha Vega, con toda su abundancia de frutas y jazmines fragantes, me acuerdo siempre de la vieja Campagna de Roma, Tívoli y Albano; ¡No crean por eso que me he olvidado de Suecia!

Entre las cosas que primeramente dibujé en la Alhambra, fueron unas pinturas con figuras del tiempo moro. Representan caballeros moros y también a una dama cristiana, o tal vez a una princesa, con guirnalda de flores en su pelo suelto y rubio. Esas pinturas se encuentran en la Sala de la Justicia, donde tuvo lugar el último consejo de Abuabdalla (Boabdil), durante el asedio de Granada. En esta sala también se celebró la primera misa, con Te Deum. Por eso inquisidores e hidalgos moros trasganean unos tras otros, porque a pesar de sus diferentes confesiones de fe están, según la creencia popular, en el mismo infierno. En esa misma sala es en la que el buscador de tesoros prefiere meterse a hurtadillas, cuando hay nueva luna y hace viento del Sur, porque entonces se puede dormir allí confiadamente por la noche, para estar seguro de poder soñar con el lugar escondido, donde el tesoro esté enterrado. Son innumerables los que se han hecho ricos de esta manera, por lo menos hasta que se despertaron.

Por todas partes se ven inscripciones árabes en las paredes de la Alhambra y uno siente la curiosidad de saber lo que significan. La mayor parte de ellas hablan en

alta voz de la devoción de los moros... «Dios es el tesoro» «Dios es el amparo bueno, para los buenos». «El poder pertenece a Dios, el bueno, el justo, y la misericordia». «Los que creen son felices». «Mi paz está en Dios. Siempre confío en él».

En lo alto de la Torre de Comares hay esta inscripción, tallada en piedra a cincel, o cocida con destreza artística: «Encomiado sea Dios, porque ha dado a su pueblo un jefe con el poder de extender su alabanza». «Innumerables son los que ha desviado del camino malo y ha sujetado a los recalcitrantes, forzándoles a trabajar por sus intenciones, y con su espada cortante ha vencido a las naciones». «Si estás mirando la hermosura de este edificio sin pensar en Dios, te digo que estás cometiendo una locura: con tu admiración vas a elevarte a quien en cada momento es capaz de darte la muerte. Quien no quiere ser demasiado hechizado de la hermosura del palacio, tiene que cerrar sus cinco dedos si es que aprecia su vida y su salud»... Esto no lo recuerdo bien. Ante la entrada de la Sala de las Dos Hermanas está escrito en redondeles y óvalos: «Soy un Edén donde puedes encontrar toda clase de hermosura, lindeza y dulzura. Ninguna obra maestra puede igualarse conmigo. En ninguna parte hay una paz más fresca y estoy lleno de cámaras las más preciosas. El signo de los gemelos muestra las variaciones excelentes de mis decoraciones; la luna en el cielo me está evitando y cuando el sol de mediodía se está parado en su curso, es para admirar mi esplendor magnífico porque mi hermosura eclipsa el cielo estrellado, y comparado conmigo los planetas brillantes parecen envueltos en tinieblas».

Como se sabe, la Alhambra era en los tiempos antiguos una fortaleza y toda clase de habitantes vivían dentro del recinto. Por eso quedan aquí una muchedumbre de edificios viejos, lúgubres y caducos, en parte vividos por gentes alegres y contentas, aunque no puedo comprender cómo se alimentan. Aquí viven familias con muchos hijos, niñas florecientes, bien vestidas con claveles en el pelo. Aquí tienen su descanso los inválidos, fumando sus pitillos entre soldados curtidos y comiendo «el pan del estado». Cuando, por así decirlo, me tomé pie entre estos vecinos francos y locuaces, travé conocimientos a derecha e izquierda, tanto entre los feos como entre los guapos, porque los habitantes de la Alhambra no resultan repulsivos ni inhospitalarios. Así conocí también a una de las parientas más jóvenes de Carmen, una de las nativas de la Alhambra, llamada Antoñita, muy delgada de cintura, con ojos árabes brillantes, mantilla negra y hoyuelo en la mejilla. Mi llegada a la Alhambra había cargado a la corpulenta Carmen con muchos quehaceres y cuidados, de suerte que resultó una sorpresa agradable el ofrecimiento de Antoñita deseosa de ayudarle en las cargas del gobierno. Por eso la veía ocupada con las flores y las macetas de mi jardín y vi cómo dejaba regados los tiestos de mi balcón mientras me paseaba por la mañana y cómo todo estaba en orden y limpio en mis habitaciones.

He comenzado a pintar bastante en una vieja torre mora, llamada «La Torre de la Cautiva», la cual se alza sobre las cimas de los árboles en una parte remota del recinto de la Alhambra, entre setos de mirto, áloe y mala hierba. Toda la torre está vacía, a no ser que la visiten duendes y fantasmas, pero en la planta baja vive un matrimonio, un anciano y una anciana. La última se llama Sabina, a quien los años la han hecho titilante como una hoja de álamo temblón. El anciano no está mejor, y además de esto es sordo con un guardián de torre. Cuando llego por la mañana ya están sentados en la lozanía de la mala hierba de la puerta, como dos buhos mansos, y cuando me voy de allí no parecen dispuestos a dejar su sitio. Casi resulta horroroso mirar a estas dos momias inmóviles. A veces me acuerdo de la Bella Durmiente del Bosque. Las estancias interiores de la torre, son de una apariencia singular. Sobre las viejas inscripciones árabes, doradas, han pegado xilografías representando imágenes de santos, lamentablemente deformes, y cruces. En un rincón hay una gran image de madera de San Luis con una corona en la cabeza, capa azul y botas bermejas. En los bajos de las paredes, las obras de mosaico están rotas o deterioradas, pero los ornamentos moros, ricamente enredados en las paredes de estuco, todavía se conservan bastante bien. La luz del día penetra por los agujeros profundos y apretados de las celosías y cuando a veces, un rayo de sol juguetea en el suelo de ladrillo rojo, todo el cuarto se ilumina tan fantásticamente, que casi se espera ver aparecer a una pequeña hada jorobada, muleta en mano, huesosa, pero esparciendo un resplandor como de oro, plata y perlas.

Se llega a la terraza, en lo más alto de la torre, por una escalera de caracol estrecha y oscura y desde allí hay una vista encantadora sobre el valle y el Generalife. Sabina contó cómo una criada cierta tarde, hace ya muchos años (la mayoría de las veces son criadas y ancianas las que se ocupan de estas imaginaciones poéticas), estaba segando hierba bajo la torre y de pronto vino corriendo, muy asustada, contando que había visto arriba, en la torre, a una niña ricamente ataviada y haciendo señas con la mano, como si quisiera tirarse abajo. Luego creció, poniéndose tan grande como un molino de viento, antes de que desapareciera. Muchas personas subieron la escalera arriba y, en realidad, sólo hallaron una liga rosa, que sin duda había perdido la pequeña princesa mora, o tal vez cualquier otra mujer.

Las personas reales, es decir, la hermana de la reina doña Luisa Fernanda y el duque de Montpensier, visitaron la Alhambra y luego se quedaron para un pequeño *déjeuner champêtre* todo el día. Habían prohibido el paso al público, pero como Antoñita se consideraba que no pertenecía al público, consiguió de alguna manera abrirse paso y luego me contó todos los secretos de Estado. Desgraciadamente hablaban a

veces en francés, de suerte que esta parte del chisme se perdió. En cambio obtuve descripciones más extensas de cómo la Sala de los Secretos había sido arreglada con divanes y cojines de seda, espejos y alfombras turcas y cómo la Infanta había estado loca de alegría hasta dignarse bailar «La cachucha» con castañuelas, vestida de rosa con encajes negros. Los músicos se habían quedado escondidos en el pequeño jardín de Lindaraja entre los setos de mirto, alrededor de la pequeña fuente, tocando tan dulcemente, que resultaba cosa hechicera y las golosinas que traían de la cocina en vajilla de plata y de cristal eran indescriptibles

.....

A veces me quedaba abajo en Granada, en el teatro, con mis amigos alemanes o en algún café, lleno de humo, pero como las cancelas de la Alhambra se cerraron siempre a las once, no había que olvidarse de regresar temprano a casa. Mi morada arriba en la Alhambra estaba alejada, y en mi soledad se me ocurrió con bastante frecuencia coger el quinqué, bajar al jardín y bañarme en el estanque claro. No sé si era bueno, pero me divertía. El aire aromático de la noche era tan agradable, los arbustos y las flores parecían extraños con el brillo del quinqué, las estrellas resplandecían como diamantes y no se oía nada más que el chapoteo del agua cristalina.

Una noche después de tal baño, cuando me había acostado y estaba a pique de dormirme, se oyó un rascar lento en el ojo de la cerradura de la puerta de abajo de la escalera. Por eso cogí mi pistola (que no estaba cargada), me fui a la ventana para observar quién podía ser y vi a un hombre con sombrero español y capa ancha. Le grité y resultó que era nada menos que Domingo, mi honrado y buenazo dueño, el cual había tocado la cerradura a su paso, sólo para ver si la llave estaba por dentro y yo había llegado a la casa. Por mi parte le mostré mi pistola, diciéndole que había creído que era uno de los presos de la fortaleza, lo que pareció haberle complacido. Por lo menos se rió con todo su corazón. Por lo general se evita a los presos de la fortaleza. No obstante, me sucedió una vez en mis paseos solitarios después de la puesta del sol, que tomando un atajo a lo largo del muro caduco de la vieja fortaleza mora, llegué a ver a un preso, puesto delante de mí. El sendero estaba tan estrecho, que no podía evitarlo, pero después de un momento de reflexión me adelanté, rozándole con un «buenas noches» silencioso. No dijo nada, porque estaba embodado, o satisfecho de quedarse en la Alhambra, pues la ocasión le era favorable para, al menos, cambiar su traje con el mío y escapar luego de la prisión, para echarse por el mundo.

.....

Aunque había que dibujar mucho en la Alhambra y abajo en Granada, sólo excepcionalmente llegaba demasiado tarde a casa por las noches. Antoñita continuaba ayu-

dando a Carmen en el manejo de la casa, lo cual no le impedía mientras yo estaba ausente, de tomar también un baño en la alberca de mi jardín, al lado de los girasoles, bajo la higuera. El bañarse, dijo mi gruesa dueña, es bueno para la salud, y yo también me baño, pero no en la alberca porque hace demasiado frío. Por la mañana pongo agua en el tinajón metido en tierra y por la tarde, cuando ya el sol ha brillado en él con toda su fuerza, está bien templada para mí y me gusta acurrucarme en el fondo del tinajón. Por tanto bajo la parra, sobre la hierba lozana y entre los setos oscuros, surgió un paraje de ninfas bañándose: ya estaba Susana, pero ningunos ancianos. Ya estaba Lais, pero nada de juegos olímpicos.

.....

Cuando se sale por la llamada «Puerta de Hierro» hacia abajo por el desfiladero empinado, se llega pronto a un pequeño molino en la Carrera de Darro. Con mi cuaderno de diseño en la mano, estaba allí sentado a gusto en un banco de piedra, al lado de una de las fuentes, bajo los árboles altos, gozando del sol de la tarde cálida. Delante del aguador que va cantando, marcha la mula camino de la ciudad con agua fresca de la Fuente del Avellano, enjaezada con pelotones de borlas encarnadas. Lleva cestas con jarros chorreando de agua, cubiertos de hojas y de flores para mantenerlos frescos. Allí viene una alegre muchedumbre de mozas de aldea con sus corpiños abigarrados y zapatos nuevos; allí andan curas, los ojos casi cerrados y sombreros anchos, o damas, ligeras de piernas, los brazos desnudos, rosadas y con abanicos centelleantes, o pasa por el puente algún jinete, guapo andaluz, con hilera de botones de plata en los pantalones, su novia detrás de la silla, ansioso de poder pasar al zagal de piernas delgadas con su manada de ovejas entre el polvo.

Anteayer estuve sentado así al caer la tarde, cuando en el puro azul por encima de la Alhambra, comenzaba ya a verse un poquito de media luna pálida y se oía el campaneo vespertino de San Pedro. Un poquito más lejos, bajo un olmo viejo, una gitanería había acampado, los críos casi desnudos, jugando en la arena y los mayores arrellanados en la hierba, los hombres con los cigarros en la boca. Una de estas gitanas vino a sentarse en mi banco, retozona como una joven corza. Cabellos negros de cuervo, que sacudía sobre sus hombros curtidos. Cordones alrededor de los delgados brazos morenos, zapatos verde claro con moños azules, una chaqueta estrecha, rayada, roja. Parecía tan flexible de talle como una gata montesa. Como tenía mi librito de diseño a mano, traté de persuadirla para que se quedara quieta un instante y le prometí una peseta si lo hacía. Vaciló un momento y luego contestó rápidamente: «Ahora no. En otra ocasión». «Me estás engañando», objeté. «Que no, dijo, mañana puedo ir a cualquier parte, pero si recibo hoy una moneda de plata, los demás me la robarán en seguida».

Y no me engañó, pues en verdad subió al día siguiente a la Alhambra, a mi pequeño jardín, según lo convenido. Estaba vestida como el día antes, pero, desgraciadamente, había peinado sus voluminosos y ricos cabellos y los había atado con una cinta verde claro. Cogió de uno de los arbustos una flor grande amarilla y se la puso tras la oreja. Luego se quedó tan quieta, que podía pintarla sentada sobre la lozana mala hierba entre la gran maceta de claveles y el estanque, que parecía un espejo celeste, engastado en perlas y terciopelo verde. Terminado el trabajo, le rogué que bailase a su modo en el césped verde. Al verla danzar se me ocurrió organizar una gran fiesta de gitanos con mis amigos alemanes y algunos otros, abajo en una sala de la capital y encargué a Arabal de prepararla.

Arabal tiene los bigotes canos, de modo que se parece algo a Don Quijote. No obstante, me ha presentado a su señora, una joven y hermosa mujer rosada. Ayer por la tarde vinieron a verme, porque había prometido a Arabal pintar el retrato de su mujer. Empecé el trabajo fuera, en mi jardín, donde el fondo convenía bien a la señora de Arabal, vestida con pañuelo rosa de seda y mantilla negra, flor en el pelo y abanico en la mano. Arabal estaba fumando su pitillo, mirándonos con atención, pero sin olvidar de vez en cuando un trago del jarro, que la buena y solícita Carmen había puesto en el banco. Su guapa señora, en cambio, parecía deseosa de mantener su aire radiante y amable. Al fin el retrato fue terminado y a todos les agradó porque lo veían muy parecido. Hasta la joven esposa sonreía, pero lo encontró demasiado bello y prometió volver otro día para corregirlo, pero Arabal sólo guiñó el ojo.

Ahora estoy metido entre los restos más admirables del arte moro y estoy enteramente encantado de su elegancia e indescriptible desarrollo, pero hay que admitir que, sin embargo, no me atrae con simpatía. Tal vez dependa de no encontrar nunca en él un reflejo de las cosas naturales, al menos veladamente. Obedece a los sentimientos más delicados de simetría y de proporciones, de modo que casi podría llamarlo una poesía matemática, aunque rara vez se eleve como un cálculo de proporciones y combinaciones simétricas, sino como una composición caleidoscópica, sin alguna reminiscencia cariñosa de la armonía significativa y bella de la naturaleza viva. Por ejemplo, hay estrellas, pero sólo como un producto de sistemas de redes geométricamente delineadas y hay hojas y flores, que si te descuidas parecen caligrafía o cifras. La Alhambra estuvo siempre llena de encanto y todavía el ánimo se queda fascinado allí, pero al mismo tiempo se siente uno encarcelado y ajeno a un ambiente tan vacío de aquellos objetos, cuya ausencia nos molesta porque estamos familiarizados a contemplarlos y que nos recuerden a la naturaleza libre, hermosa, rica. Por lo menos si hubiera allí monstruos, dragones, cocodrilos, constituirían, sin embargo, algo comible, pero, entre platos de oro, no hay nada de esto.

.....

Una tarde tuvo lugar un baile de corte en las viejas salas de la Alhambra, que habían sido decoradas a la manera cristiana u occidental, con alfombras, espejos, sofás y cortinas de seda. Todo el parque hasta la Alhambra estaba iluminado con lucernas y lleno de gente, esperando a que viniera la Infanta con su corte para ir al baile. A eso de las nueve los invitados camenzaron a llegar en coches pesados, fuera de moda, con tiros de mulas con borlas multicolor. Al lado corrían mozos de cuadra, guiando a la brida a los animales, mientras otros lacayos llevaban antorchas. Casi se esperaba ver a Gil Blas. En los coches toscos se veían sentadas bellezas rosadas, de ojos negros, los cuellos desnudos, vestidas de seda y terciopelo, con collares de perlas, rosas y diamantes relucientes en el pelo, o se veía a caballeros con trajes de etiqueta recamados de oro y condecoraciones anchas: soles, estrellas o cruces en el pecho. La infanta y el Duque llegaron tarde, y después de haber visto el torbellino de gente y de pasar por casa para vestirme, me fui allí también.

Todo el interior de la Alhambra estaba iluminado por miles de pequeñas lámparas. Pequeños kioscos transparentes se reflejaban en el agua clara de las grandes albercas de mármol. En todas partes se veían faroles de color, arañas con velas, guirnaldas de flores, coronas de arrayanes y festones de hojas. Había divanes de paño rojo y alfombras color amaranto en todas las salas y charanga en varias partes, bajo los peristilos, elegantemente calados, alrededor del fresco patio de los Leones, donde había un despacho de refrescos ricos bajo toldos azules y blancos, con plata y vasos que sonaban. La sala de baile fue la propia sala de los Embajadores. Desde el alto techo moro de estalactitas, colgaba centelleando una araña brillante, de muy buen gusto, cuyas luces parecían coronas de coral sobre el suelo cubierto de paño rojo. Damas con vestidos de baile magníficos hormigueaban entre caballeros con uniformes de muchos colores y lacayos equipados con bandejas, helados y frutas. Habían música, «eau de Portugal» y esencia de «mille fleurs», sonrisas «hechas», hombros más o menos blancos, guantes blancos y zapatos de seda blanca. En resumidas cuentas, no faltaba nada para hacer el baile perfecto. La Duquesa-Infanta llevaba un traje de seda azul zafiro y un gran montón de joyas en el pelo, en la frente, en el pecho y en los brazos. El baile estaba dado por la nobleza granadina, «la maestranza», y seguramente costó un dineral. .

.....

Unos días más tarde dimos *nuestro baile*. Por callejuelas estrechas y oscuras, junto al Zacatín, abajo, en la parte vieja de la Granada mora. Llegamos muy tarde, cuando nuestros convidados, ya reunidos, nos estaban esperando. La partida comprendía siete u ocho bailarinas gitanas, y, como músicos, tres gitanos morenos, a saber:

un violín, una guitarra y un pandero o una especie de arco con cascabeles. Alrededor de las paredes, sobre escabeles bajos, estaban agazapadas gitanas gordas, desdentadas, untadas con pomada, con niños de teta, chiquillas y chicos morenos soñolientos. Es fácil imaginar, que esta gentuza no estaba tan silenciosa como una parroquia de cuáqueros, sino que, en realidad, constituían una sinfonía de disonancias desgarradas: chillidos de niños, música, palmoteos, castañuelas y risas. Al son de una música brava y ruidosa y de un cuarto casi como lamentos, todos bailaron primero una especie de «tejer frisa» (baile nacional sueco), verdaderamente extraño. Entonces nos fuimos por vino, frutas y pasteles, con lo que la alegría, la animación y la gritería, se renovaron, mientras unas gitanas, bastante guapas, danzaron una especie de «minué», que divirtió a sus caballeros de labios gruesos y ojos negros. Luego vino la cachucha y después de esto siguió un *pas de deux* llamado «el toro», que es una parodia juguetona de una corrida. Una muchacha representa al «chulo» y es fácil adivinar quién es el toro. Está evitándolo, engañándolo con su pañuelo de seda ondeante, mientras brillan sus miradas, aunque no precisamente de rabia, cuando, a veces, parece querer coger el moño de sus zapatos. No obstante, los bailaores nunca se tocan. Este baile era a la manera española, porque el verdadero baile gitano es más bien un girar en torno con vueltas lentas, o espamódicas, aunque todo el tiempo con movimientos flexibles de piernas y brazos. Las gitanillas se esfuerzan por el mismo ideal en su danza, como las bayaderas indias o las Almés de Egipto. Tiene mucho de gracia femenina. Su sentimiento instintivo de la expresión plástica es en realidad sumamente estupendo y son capaces de adoptar posturas dignas de ser fundidas en bronce.

Ya muy tarde dejamos esta alegre tertulia, que por cierto seguiría divirtiéndose de la misma manera, hasta despuntar el día en los picos de nieve de Sierra Nevada, el cual seguramente no llegaría a sus quebradas antes de que la bola de fuego del sol se asomara por el Este. No es difícil imaginarse la retirada de esta gitanería con los críos durmiendo, guitarras, panderos, invectivas, altercados y bostezos, con los párpados pesados y la aurora sobre las mangas de sus camisas.

Una muchedumbre de gitanos de Granada viven en cuevas, talladas en los montes de cal, rodeadas de mala hierba y setos de cactus lozanos. A fuera los niños desnudos hormigean, cogiendo cochinilla y otras cosas, bajo trapos amarillentos puestos a secar. En la puerta de la cueva bajo la vid, hay una gitana delgada como de quince años, con su hijito en brazos (probablemente el primogénito), y abajo están sentados al sol unos hombres morenos, jugando a los naipes. Detrás de ellos toma su descanso un burro gris, contento y con gusto, dentro de los cardos lozanos, como sonriendo a la «vanité de la société humaine». Mucho de eso quizá parezca muy colorista, aun después de haber tratado uno de esbozarlo en el lienzo o en el papel.

.....

Es posible que haya muchos salteadores en España, pero lo que seguramente es más frecuente son las procesiones eclesiásticas. La procesión mencionada por Don Pedro el Canónigo durante nuestro almuerzo, fue desde luego organizada y, debido a esto hubo fiestas y las calles se llenaron de tanta gente, que el Zacatín, el viejo bazar, se colmó. Como antes había visto en Barcelona, aquí también traían cruces, banderas, «pasos» e imágenes, baratijas desordenadas y armatostes tan pesados que los portadores estaban encorvados, sudando, resollando encendidos como fuego y azufre. A veces tenían que bajar aquellas cosas para descansar y de cada descanso resultaban estancamientos en toda la procesión, por lo que necesitaba muchas horas para dar sus vueltas. Nuestro Canónigo había estado diligente y desde luego vi a Pilatos, con sus botas bien remendadas. La procesión era magníficamente larga y las personas reales participaron en ella, además de todas las cofradías, militares, la Universidad, jueces, escribanos, fariseos y escribas, siervientes y gente, todo antes de que llegara el clero, que naturalmente formaban las tropas escogidas. Delante de aquellos hombres devotos andaban unos ángeles, es decir, niñas con vestidos cortos, blancos, medias de algodón limpias, coronillas de papel sobre el pelo, adornado con moños y relucientes de pomada derretida, con alas de ganso en la espalda y en las manos atributos. Entre ellos se veían a Gabriel, Miguel y Rafael con trajes espléndidos, centelleantes de galones de oro y lentejuelas. Lástima que sólo se habían olvidado de darles pañuelos para la nariz. Claro que no es fácil ser un ángel con un catarro y las manos llenas de atributos. En todos los sitios por donde pasaba la procesión estaban colmados de gente y se hallaba uno devotamente apretado entre arrieros sudando, pastores de cabras y sus pastoras rosadas, exhalando ajo y salud. A lo largo de las paredes había sillas, y sentadas en ellas once mil vírgenes, entre tías y dueñas listas y alertas, quienes parecían tener dientes y uñas tan puntiagudas como los dragones de sus abanicos chinos. De todos los balcones colgaban mantas, fuera de moda, con rosas grandes, y sentadas en ellos señoras gordas a la sombra de los adolescentes, poco más o menos como melones maduros entre jazmín y rosa. Por la tarde había fuegos artificiales, abajo, en la Carrera del Genil. A las nueve llegaron las personas reales, y poco después cohetes y buscapiés, soles y estrellas comenzaron resoplando y crepitando, de modo tan ajeno a todo juicio humano, que dieron al público una diversión indescriptible. Casi era conmovedor ver cómo todos los cuellos se alargaban y cómo se abrían las bocas hacia arriba en un canto voluptuoso producido por los bólidos claros, aunque sin poder tragar ni el papel del cartucho. Llegué a meterme en un colmado para la gente, entre una muchedumbre de vendedores y taberneras con sus clientes, todos como ebrios de dicha de ver tantas serpientes resoplando, aves del paraíso y flores brillantes de muchos colores, velozmente

brotando en tallos largos, entre fuentes de plata, en una lluvia suave de oro, llena de abejas enjembrando y moscas doradas.

Cuando todo acabó se quedó más oscuro que antes y todo el mundo se marchó. Yo tenía que apresurarme para ir a casa, antes de que cerraran las puertas de la Alhambra para la noche. Entre los árboles altos, frondosos del parque siempre se hace oscuro y umbroso, hasta en pleno día. Ahora por la noche, resulta oscuro como negro de azabache y apenas podía distinguir el camino delante de mis pies. A los lados sonaba el agua despeñada por los canales, el aire estaba templado y había algo de soñador en las arboledas fragantes, de modo que al rozar las rodillas con un banco de piedra, sentí un deseo irresistible de sentarme para vivir un instante en esta oscuridad misteriosa. Aquí todo parecía dormir en un encantamiento. La vegetación en torno, las plantas altas, los setos en flor, los troncos gruesos de los árboles estaban casi invisibles, pero se creería oír el trabajo en los talleres del mundo de las flores, cómo el pétalo más puro de la rosa era tejido y cómo era pintada la amapola roja. Pero no había tiempo de escuchar cómo crecía la hierba y cada tañido de mi reloj me inquietaba exigiendo que me apresurase, hasta que por fin pude distinguir los contornos grandes, oscuros, de la torre dibujándose en el cielo alto de las estrellas. En la puerta el centinela gritó: ¿Quién vive? Respondí con alma y corazón: ¡España! y fui admitido.

Entre todos los caudillos de arrieros, conocedores de caballos y de truques, había en Granada un cochero al que generalmente llamaban Napoleón, por su gran semejanza con el emperador. Dos mulas no podían ser más parecidas, y en el caso de que el Napoleón granadino hubiera sido equipado con uniforme de guardia, grandes botas de ejercicio, más una corona, o por lo menos un tricornio, podía ser tomado por el corso. Probablemente había diferencias esenciales entre ellos, pero difícilmente se podía mirar al cochero Napoleón sin pensar en el gran emperador. La fama es como una red, en la cual una gran cantidad de peces están capturados, y Napoleón hacía buenos negocios, por lo menos era a su cuadra a la que acudíamos cuando necesitábamos caballos para hacer excursiones cerca de Granada.

Una mañana, a la salida del sol, hicimos una de estas pequeñas excursiones por el valle del río Darro hacia arriba, hasta las alturas. El barbicano Arabal estaba con nosotros, más unos mozos de cuadra. Nuestros trajes andaluces, las guarniciones abigarradas de las sillas de los caballos, sus mantas bordadas, sus riendas tersas y estribos árabes, daban a nuestro grupo un aspecto pintoresco y alegre y estábamos contentos. Nos fuimos galopando por los bordes de precipicios hondos, o rodeando los caballos despacio por corrientes claras de agua, bajo árboles verdes. Subimos y bajamos una y otra vez por senderos tan escarpados como escaleras rotas, donde tuvimos que

apearnos pera guiar a los caballos cuidadosamente, con tan escaso pie, que fácilmente se tropezaba entre matas y raíces de árboles huesudos. La vista se extendía de más en más hasta que por allá a lo lejos no se podía distinguir lo que era el cielo o tierra, lo que era nube o montaña. A poco alcanzamos el Monte Sacro, un viejo convento arruinado, desde donde la vista resultaba encantadora, sobre la garganta que se abre bajo la Alhambra hacia la Vega.

Era tan de mañana, que tuvimos que llamar largo rato a la puerta del convento, hasta que el sacristán vino con su pesado manojo de llaves. Nos dejó entrar, primero en la iglesia lúgubre y luego en los laberintos subterráneos: una especie de catacumbas, en donde se dice que Santiago había vivido y rezado. Vimos también unas cuevas oscuras de la montaña, en las cuales se afirma que unos mártires fueron quemados o apaleados mortalmente. No muy lejos del convento, en un cerro verde bajo unos castaños frondosos, almorzamos de lo que os habíamos llevado en las alforjas y gustamos del vino de las botas. Al lado, como encima de nosotros, teníamos la alta Sierra Nevada con sus cumbres blancas y nos parecía incomprensible que la nieve no se derritiera con el aire cálido, porque el sol quemaba. Pero si la Vega, entre cadenas de montañas, parecía una fuente de plata caliente, era porque la nieve blanca que brilla en aquellos lugares de la cumbre de la montaña majestuosa, se derrite con el sol. A eso debe la Vega de Granada su vegetación frondosa y su verdor fresco. Por esto los moros amaban la Sierra Nevada, porque para ellos era lo mismo que el Nilo es para Egipto. Ya hoy día el agua vivificadora está dirigida por millares de pequeñas acequias sobre la ancha Vega, como una red de venas. Desde arriba sobreabunda así esta bendición, hasta el menor rincón de la Vega florida. Esta economía de la naturaleza es cosa adorable cuanto más calor hace, tanto más abundantemente se derrite la nieve de las cumbres y el agua exuberante va corriendo hacia la tierra sedienta, que de otro modo se consumiría quemada. Es como un sermón del Evangelio. ¿Pero, cuándo no está predicando la naturaleza? Gerhardt me recordó lo que dice Jean Paul: «Die ganze Natur ist ein Tempel Gottes und überall stehen Altäre und Kanzeln».

Patronato de la Alhambra y Generalife

Mas si no podía ver cómo la nieve se derretía en las cumbres de Sierra Nevada, noté claramente cómo el dinero de mi bolsillo se derretía de más en más. Eso no me inquietaba mucho, sin embargo, porque tenía una carta de crédito al cónsul sueco de Málaga y sabía que podía obtener dinero de allí. Así que, cuando pasó algún tiempo, escribí al cónsul, el cual bastante cortés y puntualmente mandó una remesa de dinero, que puede cambiar en Granada por moneda. Un día me ocupé de esto abajo, en la capital, pero como por ciertas razones podía suponer que quizás me detendría allí hasta muy entrada la noche, no quise traer el bolso del dinero por el parque oscuro y

desierto cuesta arriba hacia la Alhambra. Se me ocurrió, por mayor seguridad, colocarlo en depósito en casa de un negociante del Zacatín, abajo en Granada, con el cual había hablado varias veces y por eso le conocía, como se dice. Negociaba en bandejas de te, lámparas, quitasoles, botones de camisa, pendientes y otros artículos semejantes de primera necesidad. Tenía la nariz curva como un judío, pero por lo demás era tan íntegro como cualquier cristiano. Una tarde que no iba a subir a la Alhambra con la oscuridad, pensé que no había ningún peligro en perspectiva, y por eso, al pasar delante de la tienda recogí mi dinero. Esta decisión fue una gran fortuna porque al día siguiente por la mañana la tienda de mi noble Nathan estaba cerrada y confiscado todo lo que había en ella, cosas sueltas y fijas de valor e inestimables. Todos los hijos de Israel habían desaparecido en el desierto. Hubiera tardado en coger mi dinero mucho tiempo y es probable que ni habría visto la sombra de él. Judas, en compañía de gente de la misma calaña, había convenido ingeniosamente pasar de contrabando una gran cantidad de cosas al país por Almería. Esta pequeña broma por poco les sale bien, porque desembarcaron todo lo que traía el buque, pero arriba, en los desfiladeros, todo el transporte, nada menos que seis carros de carga, excepto las mulas y los borricos, fue detenido por los cazadores de la frontera de la Dirección general de Aduanas, algo que los conspiradores hebraicos no habían previsto y llegó para todos y para cada uno en mal momento, pero especialmente para mi amigo Nathan, por ser él mismo el jefe y un verdadero Fra Diavolo en persona.

El 22 de julio de 1849, a las cuatro de la mañana, nos reunimos una partida para subir a Sierra Nevada. Estaba compuesta por Gerhardt, Friedrich y por mí, más un ruso, Kulof, y nuestro «mozo», o mozo de cuadra...

...Volvimos a la Alhambra, después de haber aguantado unas horas terriblemente calurosas. Mi rostro estaba quemado, las mejillas hinchadas, los labios también y toda la cara me ardía. Mi amable anciana me dio vinagre y agua para que mojar la piel roja y escocida. Los labios heridos, pronto se pusieron a sangrar, y grandes trozos de la piel del rostro se podían arrancar como corteza de abedul quemada. Nunca me hubiera podido imaginar que el sol tuviera un poder tan fuerte, aunque mi contratiempo más bien se debía al aire enrarecido de la montaña y al viento.

Otra hermosa mañana, al amanecer, nos fuimos a caballo a las montañosas Alpujarras...

La víspera de San Juan estuvo toda la noche el paseo iluminado con faroles y lám-

paras. Había charangas en las alamedas y una especie de feria con dulces, almendras, avellanas, hielo y limonadas.

A media noche se practicaban devociones, como mojar la cabeza en una de las fuentes, en conmemoración de Juan Bautista, según decían. Tuvieron lugar zambullidos y bautizos frecuentes, porque ninguno quería ser moro o judío. Antiguamente el clero en esta víspera tenía una ceremonia, en la que el río Darro representaba al Jordán y se efectuaba en el torrente la que llamaban la roca de Juan Bautista, en forma de un gran bloque de jabón. El ejercicio de penitencia consistía en que muchas mujeres se metían en el agua, con los vestidos enfaldados, para obtener, si no todo el bloque, por lo menos sendos pedacitos de él. Debido a la influencia de los tiempos y a los ingresos reducidos de la iglesia, desgraciadamente, estos últimos años no se ha dejado ver ningún jabón y se teme que esto signifique la proximidad de guerra y carestía. Cada país se divierte a su manera.

En Suecia, en la víspera de Juan Bautista, durante las noches serenas, tenemos la costumbre de remar con las chicas para coger mirto de Brabante en las islas. La lancha se desliza con golpes de remo quedos y suaves hasta que penetra entre cañas altas y el lago apacible refleja el cielo de la noche clara y las sombras oscuras de los árboles. Las dehesas se quedan quietas, se oye solamente, de vez en cuando, el canto del cuclillo muy lejos en la linde de un bosque. Cuando sale otra vez, con la lancha cargada, entre hojas fragantes y flores, el sol de la mañana sonríe a las bocas que bostezan y a los párpados pesados. Pero la víspera misma de Juan Butista se erige el alto árbol de mayo, cubierto de huevos dorados, papeles de plata y coronas de flores; hay tiros de cañón y música, violines, danza, cerveza, hasta que el arrebol está besando al amanecer. Bajo los pinos altos hay alegría y confianzas, y entre los abedules llorones, donde las hadas han bailado en la hierba blanda, se ve a la ardilla, inclinando la cabeza a las chicas rosadas, que saltan sobre la valla musgosa.

No hay nada de eso en España. Puede ser encantadora la noche calurosa, serena, entre arbustos de rosa y las manzanas de oro de la naranja, fuentes centelleantes y arrayanes floreciendo, donde hay abanicos dorados y basquiñas de seda, ojos morenos y murmullo andaluz; pero entre todo eso la memoria del escandinavo huye al bosque de abetos silvando, cerca de la caída del agua, que fluye rápidamente, donde la primavera narra su cuento de rey a la hepática que escucha y donde la flor de Linné, tímida ingenua, cuchichea con el miosotis archi-seductor...

Por fin tuve que decidirme a dejar la Alhambra, a Carmen y a todos sus parientes, los cuales me besaron todos, pronunciando largos discursos, interrumpidos con sollozos y palmadas en la espalda. Mi amigos alemanes me acompañaron al carruaje, en el

cual tenía asiento en el pescante entre el «mayoral» y el «zagal», es decir, entre el cochero y su presidente del consejo. Fuera, en el camino, había mucho polvo, pero hay que aguantar eso y estas polvaredas producen visión espléndida, cuando el sol de la tarde las está dorando y el coche pesado rueda en el centro de ellas tras diez mulas, sacudiendo sus borlas abigarradas y sonando sus cascabeles.

... ..

Otra vez en Granada, 1850

Se ha dicho de Roma que hay que dejarla sólo por el placer de volver. Me acordé de aquella leyenda ahora en Granada y me alegré de estar otra vez en la Vega, con su gran montaña en frente, sabiendo que en poco tiempo me encontraría en la ciudad vieja, pintorescamente romántica. El poeta árabe dice de Granada, situada entre colinas floridas y entre fuentes, que es una joya de esmalte sobre terciopelo verde, de la que, naturalmente, la Alhambra es la alhaja más preciosa. Para quien no es árabe, ni judío y por eso no cuida ni de terciopelo ni de joyas, parece aún mejor. Como la otra vez, hace dos años, nos pararon ante la Fonda de Minerva y me asombré no poco al ver que el dueño y la servidumbre todavía me reconocieron.

Al desembalar faltó mi caja de pintura, que probablemente había sido robada en la oscuridad cuando nos fuimos de Bailén. Un señor en el correo prometió con seguridad que se podría encontrar y que escribiera tanto a Bailén como a Madrid y hasta a la misma reina Isabel, pero la caja quedó perdida. De momento la pérdida me dio pena, porque no podía reponer esos materiales en este país moro, bravío, donde ahora me encontraba con las manos vacías, sólo con un lápiz y unas aguadas. Pero me consolaba el pensamiento de que estaba otra vez en Granada.

Después de unos días, nos mudamos de la Minerva a arriba, a la casa de Carmen en la Alhambra, a mis viejos cuartos. Carmen estaba como siempre, tan gorda y amable como antes, y Domingo, su marido, también había prosperado como un melón al sol. El jardín estaba cuidado y lleno de flores bonita y las parras lozanas sombreaban todo el patio como un techado verde, bajo el cual nosotros, Topham y yo, solíamos desayunar, viviendo sabrosamente como dos eremitas.

En Granada y en la Alhambra hay en realidad tanto que atrae la atención de un pintor, que podría resultar una gran tentación sólo el caminar por allí, mirando todo lo que ya parecen cuadros terminados. Aunque me figuro que un estudio de este tipo no será muy lucrativo, no tengo por perdido el tiempo que he empleado en tales contemplaciones. Sin embargo, se pintaba mucho, los cartapacios se llenaron y así también,

de una manera extraña, la satisfacción. Pero de cómo se puede uno divertir trabajando así, no creo que pueda ser comprendido por los que por sí mismos no lo han experimentado y por eso sería esfuerzo inútil quererlo hacer comprender y como predicar en desierto. De esa manera fueron pasando los días sin que sintiéramos nosotros ninguna ansia de poseer casas de piedra aseguradas contra incendio, con cocina y sótano, porque, de momento, estábamos contentos de tener la Alhambra como muestra y poderla ver por todas partes. Pero también en el sol de Granada pueden surgir nubes sombrías.

Dice Carmen, que si no pone uno las medias en cruz de noche al acostarse, se tienen pesadillas. Nunca me acordé de esto sino demasiado tarde, es decir, por la mañana al despertarme. Por eso me sucedió a veces, que algo semejante a un atizador, puesto candente, parecía venir derechamente hacia mí, pinchándome los párpados con su punta afilada. Sin embargo, esto no era nada más que unos rayos de sol curiosos, que se filtraban por entre la parra que cubría la ventana, alborotándolo todo, hasta que se posaban sobre mi manta, de modo que tenía que levantarme.

Otra vez, una mañana, apenas salido el sol, todo quieto y apacible como anunciando solamente paz y alegría, salí como de costumbre sin pensar en el viejo refrán: «Mañana despejada, día nublado». Pero apenas había salido, delante de la puerta encontré a un cura. Mala seña, dicen los españoles, particularmente cuando está delgado. En España es costumbre al bostezar, como medida de seguridad, persignarse varias veces ante la boca abierta, por si acaso algunos espíritus malos están atentos para aprovechar la ocasión de saltar precipitadamente a la garganta, pero yo sentí vergüenza de comportarme así y, en cambio saludé cortésmente y doblando le esquina, por la puerta verde me fui a la Casa Real. Todo allí era calma y sosiego, no se veía a nadie, de modo que podía vagar sin otra compañía que mis propios pensamientos, más el sol de la mañana, que me seguía por todas partes, explicándome mejor que ningún guía todas las viejas maravillas moras.

Por el mirador de Lindaraja y otras muchas salas, me fui al Patio de los Leones y por fin, otra vez al Patio de los Arrayanes, avanzando a hurtadillas entre los setos de mirto, sin haber encontrado ningún fantasma, ni de turbante blanco, ni en chinelas amarillas y ni siquiera a la vieja portera la Tía Curra, con su gorro de dormir. Al volver a casa, siempre tan apacible con Carmen, tuve una sorpresa desagradable: todo el patio estaba lleno de gitanos, mujeres, críos y borricos, con cazuelas, panderos y guirnaldas de ajo. Pensaba que había llegado allí toda la corte del rey de los gitanos o que se celebrara una boda improvisada a toda prisa. En el banco, al lado del granado, estaba puesto el jarrón grande, azul, de Carmen y alrededor de él había una acumulación de gente y un ruido de vasos como en las tabernas. Desde luego había entre esta

chusma muchas figuras pintorescas por lo que me fui a toda prisa a gritar a Topham que bajase con pinceles y colores para no abandonar una ocasión tan buena de enriquecer nuestros cuadernos de dibujo con recuerdos de colores vivos y alegres. De pronto lo vi cómo se apresuraba al viejo balcón moro, vestido con su bata vieja y me hacía señas con la mano, para que subiese en seguida.

Lo encontré allí arriba, en la pequeña cámara de la derecha, retorciéndose como un gusano, pateando hacia el negro techo, porque padecía dolores de dientes. Aunque su voz estaba sofocada, sin embargo, fui capaz de adivinar entre el confuso murmullo, cómo la tarde anterior había encontrado a un gitano, al que había querido pintar y por señas le había contratado para que viniese a su casa de la Alhambra por la mañana. El gitano inclinó la cabeza y el borrico sobre el que cabalgaba sonrió, moviendo sus largas orejas, y todo había sido de «couleur de rose», si no que al volver, una muela le había comenzado a mezclar hiel en el asunto y hacia la tarde se había puesto tan dolorida, que Topham no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

El gitano, empero, no había olvidado su palabra de honor y a la mañana, antes de que Carmen hubiera puesto su peine en los cabellos, el hombre ya se había tendido en el césped de nuestro jardín bien cuidado. Con muy buena intención había llevado, no sólo al borrico, por si acaso lo necesitase, sino también a su mujer y dos hermanas políticas, con sus novios y primos, los cuales no podían vivir sin sus borricos y el pobre caballo cojo. Como de costumbre, no faltaban las comadres, ni tampoco los críos con sus cestos, o los jóvenes delgados y hambrientos con sus hermanastras y las cabras.

Topham al oír el ruido había abierto las maderas y empujado la gruesa parra y vio nada menos que todo el patio lleno de gente y de bestias. Aquello, sin embargo, le resultó incomprensible y como un enigma, hasta que Carmen subió jadeando la escalera arriba, con la información de que los gitanos contratados acababan de llegar pidiendo primero almuerzo y comida, antes de comenzar cualquier trabajo.

Mi amigo había sentido dolores de dientes toda una noche de luna clara, pero al tener la noticia de la alegre e inminente fiesta que los gitanos esperaban que él pagase, su mal se dispersó en seguida a toda la hilera de dientes, de oreja a oreja. No obstante, para apaciguar las exigencias urgentes de la chusma gitana, que parecía próxima a estallar en un verdadero motín, avisó a Carmen de que quería pagar por lo menos un poco de vino y agua, si los gitanos tenían sed, como decían a gritos.

Esta era la situación cuando volví de mi apacible y agradable paseo de la mañana. Carmen ya había ido dos veces a llamar a la puerta de Topham, para presentarle la demanda de los gitanos, que pedían más vino y por tercera vez el gran jarrón se quedó vacío. También pidieron queso. Topham daba vueltas en la cama, insistiendo, siempre en inglés, en que Carmen echase a la calle a aquella partida. Aunque pro-

curaba pensar, su juicio quedó paralizado o como si no viera nada más que el alba de un futuro oscuro. Verdad es, que los gitanos son una raza andante, pero, a veces, se le ocurre quedarse en el mismo sitio durante semanas, si no más tiempo, y por eso Carmen estaba echando miradas inquietas a su amable huertezuela donde había cobertizos y escondrijos suficientes tanto para gitanos como para no gitanos, y ahora además pasto lozano tanto para borricos como para cabras, por no decir nada de una fuente con el agua más clara que se pueda imaginar. «Para ellos será como la tierra de promisión», decía Carmen con los ojos llenos de lágrimas.

El único ardid de guerra que podía inventar por el momento para librarnos de nuestra difícil situación y evitar un verdadero asedio, era sacarlos de allí antes de que la retirada fuese cortada, es decir, antes de que tuviesen tiempo de arrancar la puerta. Por eso llevé abajo a Topham con su dolor, hasta el patio, para parlamentar y negociar con el enemigo. Mi amigo, sin ninguna coquetería, se había vendado con pañuelos y pañuelitos de seda alrededor de sus orejas y mandíbulas, y con la barba osca, asomándole por la barbilla atada, había adquirido, por así decirlo, una apariencia verdaderamente brava, pero, sin embargo, no creía que se podía adelantar mucho con asustar, sino más bien dando lástima. Emocionado les dio a entender que quería que sintiesen ellos mismos el dolor de dientes que le estaba atormentando, para que se diesen cuenta de que deseaba más ver al dentista, que pintarlos.

Hice señas a dos de los desharrapados más eminentes, para evitar discusiones demasiado largas, y les pedí que nos fuésemos fuera de la puerta para arreglar particularmente su compensación de pérdida de tiempo, etc. La astucia tuvo éxito y nos siguieron a la calle, un sitio naturalmente incomparable y más seguro para nosotros, para tratar el asunto. Primero las exigencias consistían en que pagáramos a cada uno, menos a los borricos y las cabras, solamente una piastra española, que en suma no montaba más que, aproximadamente, cinco o seis libras esterlinas, pero con un poco de tacto diplomático de ambos lados, es decir, con invectivas rugiente, juramentos y amenazas, hicimos las paces, sin levantar acta, pero con nuestro pago de cinco piastras como indemnización o como una especie de tributo. Cuando poco después estábamos ya abajo, en la calle «de los Gómeres», en Granada, Topham no podía menos que reírse de nuestros socarrones conocimientos gitanos, lo que le hizo tanto efecto, que podía masticar tan bien como yo cuando nos sentamos a la mesa a comer.

Si la visita de los gitanos nos dio una sorpresa, no lo fue menos al ver a nuestro caro amigo, Arabal, precisamente en la casa de comida, al menos en su cercanía, de modo que gozar del olor de la comida, en caso de que una pequeña invitación a comer faltase, y en el calendario o en el libro del destino pareció estar escrito que él precisamente este día sería nuestro convidado.

Arabal, al conocer el pequeño error producido por el deseo de Topham de procurarse un modelo para pintar, mostró gran alegría porque todo había salido tan bien, pero nos dijo que, probablemente, los malvados asquerosos no se habían marchado todavía, y que por eso era mejor no estorbarlos, sino más bien irnos después de la comida a un pequeño café, del que se jactaba, aunque al llegar a él encontramos que el salón no era más que un rincón de la calle misma, cubierto de estera de cáñamo y que el café, aunque cocido bajo una bóveda árabe de herradura, no sabía precisamente a moka. Ya Arabal trató de sazonarlo con cuentos de su alta nobleza y de la gran herencia que había perdido, más el título de conde. Un romance, que ya sabía yo de memoria desde la última vez que estuve en la Alhambra. «Todos nosotros, los castellanos viejos, somos hidalgos. Testamentos amarillentos con sellos, con rúbricas y códices tiene uno en abundancia, ¡faltan solamente las pesetas!», decía. Por eso en el bolsillo de su «zamarra» usada, Arabal llevaba largas listas de sus propiedades condales, de las cuales no había tomado aún posesión y que yo se las deseo de todo corazón. En sus ratos perdidos se dignaba guiar a forasteros en Granada y en la Alhambra, cuidándose de no revelar los escondrijos, donde sabía estaban enterrados tesoros y cajas de joyas. Tampoco había tenido tiempo él mismo de empezar de una vez a abrir la entrada de las minas de plata, inmensamente ricas, de Parapanda, porque, como aseguraba, es más prudente tomar todas las medidas de precaución.

Luego salimos al Zacatín, donde hay mercancías de todas clases, espejos, peines para los cabellos, relojes de oro, y otros artículos de primera necesidad. En los mismos mostradores, donde en tiempos de Boabdil, mahometanos de piernas corvas estaban sentados, había ahora judíos elegantes, alemanes y cristianos. De allí se llegaba a Bibarrambla, muy a menudo cantada en los viejos romances como el sitio donde en los orgullosos días antiguos los torneos habían tenido lugar. Allí está en una esquina la vieja puerta mora, llamada de las orejás, porque en este sitio en una ocasión solemne una muchedumbre de bandidos había armado camorra aprovechando la aglomeración y se habían divertido arrancando los pendientes a cuantas mujeres podían alcanzar. La misma puerta hoy día sirve para colgar las navajas que la policía encuentra en manos de personas sospechosas, por lo cual el monumento, que ya tiene una colección considerable, también es llamado la Puerta de los Cuchillos.

Durante tales investigaciones de gratas anticuallas, con las explicaciones increíbles e informes sorprendentes de Arabal, el tiempo había pasado, era ya tarde y comenzamos a echar de menos la Alhambra. El presentarnos allí antes de estar seguros de que los gitanos la hubiesen dejado, no creíamos que era prudente. Por eso pensamos mientras tanto, dar un rodeo por las ruinas del convento de los Mártires o por el cementerio, que está situado fuera de Granada en una colina, desde donde hay una her-

mosa vista de la Vega y la Sierra Nevada, hasta el «Suspiro del Moro», donde Boabdil se volvió durante su última salida de Granada, suspirando. Pero Tophan dijo que quería ver unos monumentos más alegres y estimulantes, y por eso Arabal nos llevó a la Torre de los Siete Suelos, donde muestran todavía rastros de cómo los franceses durante la guerra de Napoleón trataron de hacer saltar a toda la Alhambra, algo que Topham encontró «schocking».

Lo que luego creímos mejor fue subir por el desfiladero corvo, pino y oscuro, que los presos prefieren para escapar, cuando se han cansado de los encantos de la Alhambra y por el cual, sin resbalarnos más que tres o cuatro veces, pronto alcanzamos el roble grande y renombrado, que dicen plantó «Lindaraja». Estábamos ahora allí a escasa distancia, como a un pistolazo de nuestra soñada casa y por eso podíamos oír muy bien, con disgusto, que la chusma gitana, por lo menos los hombres, no habían dejado el patio de la casa. Las mujeres, sin embargo, se habían ausentado, camino de otros lugares porque en las ruinas del castillo de Carlos V, resonaban los ecos de los gritos agudos, particularmente de las comadres, exhortándoles en tonos largos para que las siguieran. Desde nuestro escondrijo aguardábamos con atención viva el resultado, esperando que los hombres no estuviesen tan borrachos, obstinados e ingobernables, que no cedieran bajo el yugo y el dominio del bello sexo. Fue una contienda entre Venus y Bacchus, ambos con fuerzas armadas casi agotadas. Al fin era evidente que la diosa había salido vencedora, y debido a esto, pudimos pronto colarnos con prudencia en nuestro propio y legítimo campamento, donde en seguida encontramos a Carmen, a Domingo y al doguillo, los tres verdaderamente en un estado de agitación jadeando, fatigados, las miradas hacia arriba, soportando por lo demás con firmeza las disposiciones del destino. Porque el banco de madera estaba patas arriba, y solamente con tres, el jarrón vidriado de azul, roto en pedazos sin posibilidades de ser unido con grapas, y debajo de los claveles, precisamente en el foso al lado del seto de jazmín, Carmen llegó a ver con zozobra y consternación un lío extraño que creyó en seguida fuese un crío olvidado, pero al examinarlo con prudencia más de cerca, afortunadamente no contenía más que unas herraduras usadas y un par de mangos de botas, todo posiblemente robado.

¿Qué podía Carmen decir de todo esto sino «Ave María Purísima» y «Gloria in Excelsis», persignarse y golpearse el pecho jadeante? Todo el tiempo andaba entreabriendo la puerta para dejar entrar la vieja apacibilidad, más el doguillo asustado, jadeando. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!, pensé, mientras Topham encendía un puro, ofreciendo otros tales también a Domingo y a Arabal. De lejos se oía el ruido de las guitarras, canto y pandero de los gitanos. Un alegretto acompaña-

do de un andante adagio, que por fin se olvida, un piano adormecido, pianísimo, disolviéndose como una nube en éter claro.

Pero estábamos viajando y, por fin, llegó la hora de dejar la Alhambra, a Carmen sollozando y al buen Domingo. Era en dirección a Madrid hacia donde el viento inseguro soplaba...

Egron Lundgren.



JUNTA DE ANDALUCIA

CONSEJERÍA DE CULTURA

Patronato de la Alhambra y Generalife